

fueron la causa de la disolución del imperio, pero sí revelaron la debilidad de aquel informe ensayo de unidad y sirvieron para aumentar las desdichas que se agolpan siempre en épocas de decadencia.

Tales son los pueblos que permanecieron fuera del imperio de los Francos. Una gran parte del Occidente, del cual se llamaba emperador Carlo-Magno, no reconocía sus leyes. Los legistas, imbuidos en la idea falsa del derecho del imperio á la dominación del mundo, han imaginado que el rey de los Francos, elegido emperador por el papa, había llegado á ser el dueño de la Europa. Verdades que algunos príncipes extranjeros le dieron testimonios de respeto que, tomados á la letra, podrían interpretarse por una verdadera dependencia: "Carlo Magno, dice *Eginhardo*, se atrajo con tan fuertes vínculos á Alfonso, rey de Galicia y de Asturias, que éste, cuando escribía á Carlo-Magno ó cuando le enviaba embajadores, se titulaba siempre su *fiel*. Los reyes de los Escoceses le llamaban su señor y se decían sus súbditos y sus servidores.. Se cuenta también entre los vasallos de Carlo-Magno á un rey anglo-sajon que, arrojado de su reino, fué repuesto por la autoridad del emperador (1). Pero ¿habrá que decir que esos príncipes se inclinaban ante el poderío del rey de los Francos más bien que ante el emperador de Occidente consagrado por el papa? *Eginhardo* mismo dice que era la necesidad de protección ó el reconocimiento lo que inspiraba aquellos homenajes. El historiador franco parangona á los embajadores del califa de Bagdad y á los embajadores del rey de Asturias; y ¿quién se atrevería á decir que el señor del Oriente había sido vasallo de Carlo-Magno?

Las relaciones de Carlo-Magno con el Oriente han contribuido más al esplendor de su nombre que sus largas luchas contra los Sajones y que el establecimiento del papado. Las tradiciones populares se preocuparon de las embajadas del califa, y la poesía les dió un carácter maravilloso. Esa fama universal es la prueba de la grandeza de Carlo-Magno. Congratulémonos con el espectáculo de las relaciones entre los dos mundos, que continuarán ignoradas después de la muerte del gran rey, hasta

(1) EINHARD, *Annal. ad a. 808.*

que se vuelvan á encontrar sobre los campos de batalla de la Palestina.

§ III.—Relaciones internacionales.

N.º 1.—*El imperio franco y el imperio griego.*

En vano se han esforzado los legistas por legitimar el establecimiento del imperio de Occidente; los emperadores de Constantinopla no habrían aceptado seguramente sus razones: ellos eran los verdaderos herederos de Roma, si para los reinos se puede invocar la ley de herencia; ellos consideraban á los Bárbaros como usurpadores, y rehusaban dar á sus jefes el título de rey, título que había llevado Alejandro Magno; y en medio de su orgullo, los Césares inventaron un nombre bárbaro para designar á los príncipes bárbaros (1). Trastocaron en cierto modo la palabra latina *rex*, dándole una terminación griega; tal es el origen de la palabra *regas*, de que se servían los emperadores de Bizancio cuando hablaban de los reyes de Occidente.

Los Francos no estaban exceptuados del desprecio con que los Griegos miraban á los Bárbaros; pero, sin embargo, los emperadores no habían dejado de estar en relación con los señores de las Galias: apenas establecido Clovis en sus conquistas, recibió de Anastasio el título de cónsul. Cuando Justiniano atacó la Italia, procuró conciliarse la alianza de los Francos, apelando al odio que éstos tenían á los Godos y á la comunidad de creencias que les ligaba á los Griegos, llegando el emperador hasta cederles la soberanía de las Galias. Los Francos fueron aliados poco fieles; ya manifestaban la ambición de permanecer en Italia por su propia cuenta. Se ha dicho (2) que uno de sus reyes, lastimado al saber que Justiniano se adornaba con el título de vencedor de los Francos, de los Alemanes, de los Gépidos y de los Lombardos, quiso reunir en torno suyo á todas las tribus germánicas y llevarlas sobre Constantinopla. Más tarde los Francos bajaron á la Italia como aliados del papa.

Los emperadores no podían ver sin terror la vecindad de aquella nación belicosa que, aun sien-

(1) EINHARDI, *Vita Caroli Magni*, c. 16.
(2) AGATH., *Hist.*, I, 4.

do aliada de los Griegos, había amenazado al imperio de Bizancio; pero la política bizantina ocultó su miedo bajo el manto de la amistad. Al regreso de la Lombardia, vió Pipino llegar á su corte embajadores de Constantino que le traían ricos presentes, y entre ellos un órgano "de maravillosa hermosura," (1). La donación del exarcado al obispo de Roma y el restablecimiento del imperio de Occidente habrían sido motivos de una justa guerra para los emperadores de Constantinopla, si su impotencia no hubiera sido mayor que su mala voluntad. *Eginhardo* dice que los Césares griegos se indignaron de que un Bárbaro osara llamarse sucesor de los emperadores romanos (2). Temían el poder de aquel Bárbaro, á punto de no desdeñar su amistad, pero les disgustaba tenerle por vecino (3). Y con todo, no se ve que su descontento produjera una sola protesta, ni que se insinuara con amenazas de hostilidad; al contrario, si antes de la coronación de Carlo-Magno se mantenían relaciones entre el rey de los Francos y la corte de Constantinopla (4), esas relaciones se estrecharon más después del restablecimiento del imperio de Occidente (5). El objeto aparente de aquellas embajadas era el de mantener la paz entre los dos imperios; pero, si se ha de creer á los historiadores griegos, tenían más importancia, se trataba de una alianza más íntima: el matrimonio de Irene y de Carlo-Magno debía reconstituir la unidad romana. ¿Es cierto, como pretende *Leibnitz*, que aquella unión hubiera sido una gran dicha para la cristiandad? (6). El imperio griego estaba en plena decrepitud, y el imperio franco llevaba en sí los gérmenes de una inevitable disolución: ¿qué hubiera podido producir el consorcio de dos cuerpos moribundos?

En vano se sucedían los embajadores desde Constantinopla á Aquisgran; no había amistad posible entre dos imperios que pretendían entrambos la monarquía universal. Los emperadores griegos no habían renunciado á sus pretensiones, evitando dar el título de rey ó de emperador á Carlo-Magno

(1) *Chron. de Saint Denis*, año 757.—EINHARDI, *Annales ad a. 757.*

(2) EINHARDI, *Vita Caroli Mag.*, c. 28.

(3) EINHARDI, *Vita Caroli Mag.*, c. 16.—Los Griegos tenían un refrán que decía: «Tened los Francos por amigos, mas no por vecinos.»

(4) EINHARDI, *Annales ad a. 797, 798.*

(5) *Annales Laurisenses ad a. 801.*—EINHARDI, *Annal. ad a. 802, 810, 811.*

(6) LEIBNITZ, *Annales Imperii Occid.*, t. I, p. 211.

y á sus sucesores, no obstante las muestras de amistad que continuaron cambiándose entre los dos imperios (1). Nada prueba mejor la hostilidad profunda que separaba á las dos razas que el tono de los cronistas occidentales. Diríase que los nuevos señores de Roma habían heredado el desden que el pueblo rey mostraba á los descendientes degenerados de los Helenos. El *Poeta Sajon*, apenas salido de una barbarie salvaje, se burla de la ligereza de los Griegos, como hubiera podido hacerlo Cicerón (2): "No son valientes más que de lengua, su brazo es indolente; prontos á suscitar la guerra, pero nada á propósito para hacerla con honor." Pero donde más se revelan los sentimientos hostiles de los Francos para con los Griegos del Bajo Imperio es en las ingenuas conversaciones del *Monje de Saint-Gall*.

Durante la guerra contra los Sajones, Carlo-Magno despachó emisarios á Constantinopla. El emperador griego preguntó si estaban en paz los Estados de su hijo Carlos. El legado contestó que todo estaba tranquilo, á excepción de los Sajones, que con su vandalismo infestaban las fronteras de los Francos. "¿Por qué, replicó aquel príncipe apoltronado en innoble reposo, por qué se fatiga mi caro hijo en combatir enemigos tan poco numerosos, sin renombre y sin valor? Yo te doy á ti esa nación y todo lo que le pertenece." El legado franco refirió la conversación á Carlo-Magno: "Ese emperador, respondió el rey guerrero, hubiera hecho mucho mejor en darte un buen par de zapatos para andar un camino tan largo." Escuchemos aún al *Monje de Saint-Gall* respecto al necio ceremonial de la corte de Constantinopla. El enviado de Carlo-Magno, invitado á comer, fué colocado en medio de los grandes del imperio. Una ley, cuya autenticidad no garantizamos, disponía que, en la mesa del príncipe, ninguno diese vuelta al cuerpo de las aves ó animales que se sirviesen; era preciso limitarse á comer la parte superior de ellos. Ignorando los usos del país, el embajador franco dió vuelta á un pescado que se le servía; los cortesanos se levantaron indignados, y el emperador hubo de decir sollozando al enviado: "No puedo

(1) «Los enviados de Miguel, emperador de Constantinopla, vinieron á Compiègne, dice EGINHARDO, con la misión aparente de estrechar los vínculos de amistad entre las dos naciones (*Annal. ad a. 814, 815, 817.*)»

(2) PORTA SAXO, *a t a. 788* (PERTZ, t. I, p. 241, véase 51).

evitar el condenarte á muerte en el acto; pero pídemela otra cosa, que yo la haré., Hay que leer en el relato del cronista alemán cómo salió de aquel mal paso el astuto Bárbaro. El *Monje de Saint-Gall* concluye exclamando: "Así es como el sabio Franco humilló á la vanidosa Grecia en su propio terreno., (1).

Pero los Francos, lo mismo que los Romanos, despreciando á los Griegos, envidiaban su rica civilización; el lujo de la corte de Constantinopla les deslumbraba. El *Monje de Saint-Gall* celebra la magnificencia de Carlo-Magno, para demostrar que los Francos en nada eran inferiores á los Griegos. Si hemos de creerle, el rey franco desplegó, en una aldea de la Franconia, el aparato pomposo de los Césares griegos. Los enviados de Nicéforo encontraron á Carlo-Magno acampado sobre las orillas del Saal; allí mismo se les hizo atravesar cuatro salas magníficamente adornadas. Al entrar en la primera, se prosternaron delante de un personaje cubierto de oro y de pedrería, para adorarle á la manera oriental; pero se les dijo que aquel era el condestable. Las mismas equivocaciones sufrieron en las otras salas, donde se encontraban el conde de palacio, el intendente y el gran chambelán. Por último, se les introdujo adonde estaba Carlo-Magno, y aquí el cronista acumula las imágenes de la poesía y los recuerdos de la Biblia y del Oriente para dar una idea de la majestad imperial. Como se puede suponer, los embajadores griegos, "llenos de estupor, quedaron mudos y deslumbrados., (2).

Sin embargo, los Francos conocían su inferioridad en las artes del lujo. Después de haber hecho alarde de la magnificencia del emperador, el *Monje de Saint-Gall* refiere, con cierta envidia, las cosas raras que los Griegos habían llevado consigo. Los Francos, ganosos de apropiarse aquellos portentos de la industria, quisieron adquirir el secreto de su fabricación; y si hemos de creer al cronista, lo consiguieron completamente: "Sobresalieron, sobre todo, dice, en construir un órgano, ese admirable instrumento que iguala por su estruendo al ruido de la tempestad y por su dulzura los ligeros sonidos de la lira y del címbalo., (3).

(1) MONACH. SANGALLENS., *Gesta Car. Mag.*, II, 5, 6 (PERTZ, tomo II, p. 749).

(2) MONACH. SANGALL., II, 6 (PERTZ, II, 759).

(3) MONACH. SANGALL., II, 7 (PERTZ, II, 751).

Esa conquista pareció tan gloriosa á los Francos, que uno de sus poetas vió en ella un signo de la decadencia de la Grecia y una profecía de la dominación universal de los Germanos (1). El augurio del poeta se cumplirá; la bandera de los Francos flotará en Constantinopla, y su idioma se hablará en Atenas; pero esa dominación será pasajera; el imperio de los Griegos continuará vegetando, hasta que los Bárbaros del Oriente vengan á poner término á su decrepitud secular.

N.º 2.—Carlo-Magno y el califa.

Tres grandes monarquías se repartían el mundo al principio de la Edad Media. Constantinopla no era más que la sombra de un pasado glorioso; de la dominación romana no quedaba más que el orgullo y la vanidad. Los Árabes se lanzaron de un vuelo desde el Oriente al Occidente; pero en medio de sus victorias se dividieron; en la época en que Carlo-Magno restableció el imperio de Occidente, estaban en decadencia. Sus inmensas conquistas no tenían más que un solo lazo de unidad, la religión, y ésta vino á ser el principio de una división irreparable: dos califas se disputaban la obediencia de los creyentes, y la oposición de las razas aumentó la debilidad de los califatos rivales, destrozados por sus disensiones interiores. El odio subió á tal punto, que los discípulos de Mahoma buscaron la alianza de los infieles contra sus correligionarios.

Ese estado del imperio árabe explica por qué los príncipes mahometanos vinieron á ofrecer sus homenajes á Carlo-Magno y á pedir el apoyo del poderoso rey de los Francos. Los cronistas contemporáneos no vieron el interés político que podía ligar á dos imperios divididos por la religión; no veían en aquellas embajadas más que un testimonio de admiración á Carlo-Magno, y se complacen en enumerar los presentes, frutos de un clima lejano, que los enviados del califa africano traían á Europa: leones de Libia, osos nómadas, púrpura de Tiro (2). Las divisiones de los Árabes llamaron á Carlo-Magno á la península española; y si la Sajonia y la Italia no hubiesen absorbido sus fuer-

(1) ERMOLD. NIGELL., *Carmen*, IV, 638 y sig. (PERTZ, t. II, página 513).

(2) MONACH. SANGALLENS., II, 9 (PERTZ, t. II, p. 752).

zas, las disensiones de los Mahometanos hubieran abierto la España á las armas francas, como las de los Godos la habían entregado á los Árabes (a).

Gibbon se engaña en atribuir á la vanidad las relaciones amistosas del emperador de Occidente y del califa de Bagdad. Por más que la religión los separase, los unían intereses políticos. Haroun-al-Raschid combatía al emperador de Constantinopla, enemigo encubierto de Carlo-Magno. El rey de los Francos hacía conquistas sobre el califa *omniada* de Córdoba, y el califa *abassida* de Bagdad prefería que la España estuviera en poder de los infieles á verla gobernada por un cismático. Esa comunidad de intereses, más que la admiración mutua que se inspiraban el señor del Oriente y el dominador del Occidente, dió origen á la amistad tan celebrada por los cronistas. Haroun, dice el *Monje de San Gall*, envió al emperador un elefante, monos, bálsamo, nardos, diversas esencias, especias, perfumes y drogas medicinales de todas clases: "parece que quiere agotar el Oriente para llenar el Occidente., (1). Lo que más impresión causó á los contemporáneos fué el elefante: los cronistas refieren su llegada á Europa como un acontecimiento (2), y la historia ha conservado su nombre (3). El *Monje de San Gall* cuida de realzar los presentes que los embajadores de Carlo-Magno llevaron al rey de los Persas, que eran caballos y mulas de

(a) El cuadro que va trazando MR. LAURENT del reinado de Carlo-Magno nos parece grandemente fantástico. Aunque no llega á desconocer la inferioridad de las tribus francas en número y en cultura, supone impotentes á los Godos para fundar una monarquía, porque cayeron la de Italia y la de España. Bien lo atribuye á que sus jefes fueron arrianos. Añade aquí que los Francos habrían arrojado á los Árabes de España más pronto que lo hicieron los Hispano-Godo-Romanos. Todo eso es gratuito á nuestro entender: lo repugna la razón y lo contradicen los hechos. Los Godos tenían sobradas condiciones para lograr bastante más de lo que lograron los Francos; la cuestión religiosa influyó, es cierto, en los éxitos de los unos y en las catástrofes que los otros experimentaron; pero no fué ella sola. MR. LAURENT, que combate el fatalismo en teoría, incurre al explicar la historia en el fatalismo más exagerado; deja atrás á Bossuet. Todo lo que sucede es providencial y es óptimo. Sucede porque debió suceder, y así era bueno que sucediera. Nosotros opinamos que muchísimas cosas de las que han sucedido y suceden en el mundo pudieron no suceder, y que hubiera sido mejor que no sucedieran.

En cuanto á las seguridades de que Carlo-Magno habría arrojado de España á los Árabes si no se lo hubieran estorbado los Sajones, nos parece que el mismo Carlo-Magno y sus bravos guerreros francos no eran de esa misma opinión, después que en Zaragoza vieron lo que se podía fiar en las ofertas de *Soleiman el Árabe*, y probaron en *Ibáñeta* y *Altabizar* lo fieros que eran los Españoles. —(N del T.)

(1) MONACH. SANGALLENS., II, 8 (PERTZ, t. II, p. 752).

(2) *Annales Laurashim.*, c. 35 (PERTZ, I, 39).

(3) «*Nomen ei Abulabaz*» (LEIBNITZ, *Annales Imperii Occid.*, tomo I, p. 218).

España, telas de Frisia, las más raras y más caras que se pudieron hallar en aquel país; á lo cual se unieron perros notables por su agilidad y su denuedo, pedidos por el monarca persa para cazar leones y tigres. Á creer lo que dice el cronista, fueron los perros, sobre todo, y la destreza de los Francos en la caza lo que más llamó la atención del poderoso rey Haroun (1).

Las embajadas del lejano Oriente y los productos de esa tierra de maravillas debían impresionar á las imaginaciones vírgenes de los Occidentales. Si hemos de creer á los cronistas, las relaciones de Carlo-Magno y de Haroun-al-Raschid produjeron resultados más prodigiosos aún que los presentes admirables del califa, á quien llaman rey de los Persas, confundiendo el poder de los Árabes en aquel tiempo con el nombre temido de los Persas en la alta antigüedad. *Eginhardo*, el biógrafo y el amigo de Carlo-Magno, dice que Haroun cedió la propiedad de los Santos Lugares al emperador de Occidente (2). Los Francos, en su simplicidad, tomaron á la letra las figuras del lenguaje oriental, tan hinchado como obsequioso. Conviene oír relatar ese hecho, tan glorioso para su héroe, al *Monje de San Gall*: "¿Qué puedo yo hacer, dice Haroun á los embajadores francos, que sea digno de vuestro rey? Aun cuando yo le diese la tierra prometida á Abraham, no podría defenderla contra los ataques de los Bárbaros, á causa de su inmensa distancia. Yo procuraré, sin embargo, hallar medio de hacerle ese obsequio; le cederé la suprema potestad sobre este país, que yo le gobernaré como su teniente., (3).

En medio de esas exageraciones hay un hecho verídico, y es el de que Carlo-Magno aprovechó sus relaciones de amistad con el poderoso califa para proteger á los cristianos de Oriente. "Su caridad, dice *Eginhardo*, salía al encuentro de todas las miserias; y su beneficencia no se limitaba á sus Estados, sino que iba más allá de los mares, á la Siria, al Egipto, al África, á Jerusalem, á Alejandria, á Cartago; á todas partes donde había cristianos en la desgracia, enviaba socorro., El biógrafo de Carlo-Magno añade que, si procuraba la amistad de los príncipes de ultramar, era principalmente por dar apoyo á los cristianos que vi-

(1) MONACH. SANGALLENS., II, 9 (PERTZ, II, 752).

(2) EINHARDI, *Vita Car.*, c. 16.

(3) MONACH. SANGALL., II, 9 (PERTZ, II, 753).

vían bajo su dominación (1). La protección dispensada á los discípulos de Cristo en un imperio que obedecía las leyes de Mahoma es una de las maravillas del reinado de Carlo-Magno: es una prueba de su poder á un mismo tiempo que de los sentimientos religiosos que le animaban. Pero esas relaciones amistosas entre el Occidente cristiano y el Oriente árabe no podían durar. Los peregrinos estuvieron expuestos á todas las vejaciones de un enemigo infiel y bárbaro, y la cristiandad, movida por los gritos de tantas víctimas, se lanzó sobre el Asia para conquistar el sepulcro de Cristo. El sepulcro no fué conquistado, pero la civilización se aprovechó de aquellas luchas seculares.

N.º 3.—Relaciones comerciales.

Los grandes imperios extienden las relaciones comerciales, aun cuando el genio de los conquistadores no sea favorable al comercio. Bien que los Romanos no fuesen una raza comerciante, su dominación estableció un frecuente trato entre el Oriente y el Occidente, entre el Norte y el Mediodía. Lo mismo sucedió con el imperio de Carlo-Magno; sólo que el carácter y el destino de la monarquía de los Francos no permitieron que el comercio tomase un desarrollo durable y eficaz. Roma se gloriaba de ser la Ciudad Eterna; y en efecto, su dominación secular desafiaba al tiempo, mientras que el imperio carlovingio no tuvo más duración que la vida de un hombre. La unidad y el derecho caracterizaban al genio romano; el orden y el respeto y las leyes reinaban por todas partes. La monarquía carlovingia no fué más que una tentativa de unidad; los pueblos y los individuos coexistían, pero no formaban un Estado; y la acción disolvente triunfó del ensayo prematuro de un gobierno central. Pero, aunque temporalmente, el comercio se aprovechó de las conquistas de Carlo-Magno y de sus relaciones políticas. La decadencia del imperio condujo al fraccionamiento de la feudalidad, y entonces el movimiento comercial, entrabado á cada paso, languideció, para recobrar después nueva fuerza, merced á las luchas de la Europa contra el Oriente.

Una gran parte de la Europa se abrió al comercio en tiempo de Carlo-Magno. Las armas y la re-

(1) EINHARD., *Vita Car. Magni*, c. 27.

ligión se asociaron para sacar á la Alemania de su aislamiento bárbaro. Sin estar sometida la Europa oriental, fué visitada por los Francos; y los pueblos eslavos se mezclaron á las tribus germánicas, primero á causa de la guerra, después por motivos de religión. Las islas del Norte, cuya existencia no conocían los Romanos más que vagamente, se revelaron al imperio carlovingio por causa de la piratería normanda; una vez convertidos, estos reyes del mar emplearon su genio aventurero en correrías lejanas; y siglos ántes de la era moderna sentaron el pié sobre el mundo cuyo descubrimiento ilustra el nombre de Colon (a). Los Árabes amenazaban hacer de la España una dependencia del Oriente y aislarla de la Europa. Carlo-Magno les quitó una *Marca*, y mantuvo relaciones con los príncipes cristianos y con los jefes descontentos entre los infieles. La Inglaterra quedó fuera del imperio carlovingio; pero la comunidad de creencias es un vínculo más poderoso que la fuerza; numerosos peregrinos y atrevidos misioneros salieron de la isla destinada á ser un día el centro comercial del universo (1).

La invasión de los Bárbaros, destruyendo la unidad del imperio, parece que iba á romper toda relación con el Oriente; pero la corte de Constantinopla mantuvo alianzas políticas con los reyes francos, y de ellas se aprovechó el comercio. Los dos imperios casi se tocaban en tiempo de Carlo-Magno, y la encubierta hostilidad que los separaba no era bastante á impedir que los comerciantes tomasen el camino de Constantinopla. El lejano Oriente, siempre enemigo de Roma, fué más que nunca hostil al Occidente desde que allí dominaron los sectarios de Mahoma. Sin embargo, el in-

(a) No es un imposible, pero tiene todos los visos de cuento noruego el casual descubrimiento de la Vinlandia allá en el siglo VIII. Pero dando de barato que la tradición escandinava recuerde un verdadero acontecimiento, lo indudable, como ha demostrado Humboldt, es que ni Colon tuvo noticia de él, ni el relato ó la tradición se esparció por Europa hasta después del descubrimiento del genoves.—(N. del T.)

(1) En las capitulares de BALUZE se leen cartas de Carlo-Magno á Offa, rey de los Mercios. En ellas le anuncia el Franco sus victorias contra los Sajones y los Lombardos, en lo cual ve un triunfo para el cristianismo. Escribe, dice, al rey más poderoso de la Europa occidental, con el fin de estrechar los lazos de amistad entre los príncipes cristianos (BALUZE, I, 193).

En otra carta de Carlo-Magno, dirigida al mismo rey, ofrece garantías de seguridad á los peregrinos anglo-sajones en todo el imperio de los Francos, y que no serán sometidos á ningún impuesto. Los comerciantes estaban obligados á pagar los derechos de peaje; pero también gozaban de la protección del emperador, y podían dirigirse á él si sufrían alguna vejación. (BALUZE, I, p. 273.)

teres político hizo callar la intolerancia, y nuestras legaciones fueron de Aix-la-Chapelle á Bagdad. Los cronistas se admiran con razón de aquellas alianzas amistosas: "Lo que el poeta representaba como imposible diciendo: *Entonces el Parto beberá en el Aar ó el Germano en el Tigris*, pareció fácil, gracias á las embajadas que iban de la Germania á los Partos y de los Partos á los Germanos," (1).

La vista de las riquezas del Oriente y el contacto con los hombres del Mediodía hicieron á los guerreros francos sensibles á los goces del lujo. El *Monje de Saint-Gall*, para dar esplendor á su héroe, se complace en oponer la sencillez de Carlo-Magno al fausto de su cortejo. Un día de fiesta, el emperador propuso una cacería; él vestía un traje de pieles de cordero; pero los grandes del imperio que llegaban de Pavia, adonde afluían las riquezas del Oriente, se presentaron con vestidos forrados de finas pieles, bordados de seda y adornados con plumas de pavo real, y sobremantos de púrpura. La jornada estuvo fría y lluviosa, y los grandes regresaron desgarrados por las matas y las zarzas y empapados de agua; cuando quisieron calentarse, aquellas telas frías y aquellos forros de pieles se encogieron al fuego, y algunas se rompían con un estallido semejante al de palos secos que se rompen. Al día siguiente se presentaron, por orden de Carlo-Magno, con sus vestidos del día anterior, que ya no eran más que jirones sucios y sin color. El emperador, descubriendo con orgullo su traje de pieles, dijo: "¡Hombres locos! ¿Cuál de nuestros trajes es el más precioso? Ya lo veis, es el mío, que me ha costado un sueldo, mientras que los vuestros os han costado muchas libras de plata!" (2).

Carlo-Magno, prefiriendo la sencillez al lujo, obedecía al instinto de los grandes conquistadores; pero aproximaba á los hombres favoreciendo las comunicaciones. Lo que para él era un medio de gobierno, fué para el comercio la más eficaz de las protecciones. Pero aquí se revela, como en todo lo demás, lo deleznable de la unidad carlovingia; el emperador fracasó en sus grandes designios, de los cuales triunfó la barbarie del tiempo y el predominio de los intereses locales. Conoció el proyecto de unir el Rhin al Danubio por

medio de un canal; ese trabajo gigantesco hubiera enlazado el Mar Negro al Báltico, la Alemania á Constantinopla. Puso todo el ardor de un conquistador en la ejecución de su proyecto, y fué él mismo á visitar los sitios de las obras y pasó en ellos un otoño con su corte al intento de activar los trabajos. Pero la ciencia estaba muy atrasada: las lluvias, dice *Eginhardo*, cayendo sin cesar en una tierra arcillosa, impedían á los trabajadores adelantar en la obra; lo que hacían durar el día, se derrumbaba por la noche (1).

Una de las necesidades de todo gran imperio, ya sea para la guerra, ya para la administración, son las rápidas comunicaciones. Roma empleó sus legiones en construir las vías magníficas que parecen destinadas á perpetuarse como la Ciudad Eterna. En todas las grandes carreteras tenían de trecho en trecho estaciones, donde se hospedaba á los que viajaban en servicio de la república y donde se les proveía de caballos, carruajes y de viveres (2). Esta institución subsistió después de la invasión de los pueblos del Norte. Pero los correos perdieron entre los Francos el carácter que los distinguía entre los Romanos. No había administración central entre los Bárbaros, los cuales ni tenían idea del Estado ni de lo que era un servicio público. Los correos, como las carreteras, se abandonaron por los nuevos señores de las Galias, y se trasformaron en una carga local que pesaba sobre los habitantes de los campos (3). Carlo-Magno, cuyos delegados recorrían frecuentemente el inmenso imperio, trató de reorganizar el servicio de postas; se nombraron oficiales especialmente encargados de hospedar á los enviados y de preparar de antemano todo lo necesario para el sostenimiento y el transporte de las personas que fuesen provistas de cartas reales. Pero también este ensayo fracasó como la unidad del imperio. Las mismas leyes, que debían remediar los abusos, nos demuestran que éstos eran incurables. Luis el Bondadoso se queja con dolor de la mala reputación que los reyes francos tenían entre las naciones extranjeras, puesto que no se limitaba el desorden á rehusar las subsistencias y los medios de transporte á los emisarios reales, sino que se les robaba unas veces con astucia y otras con violencia. El piadoso

(1) MONACH. SANGALL., II, 9 (PERTZ, I, II, p. 753).
(2) MONACH. SANGALL., II, 17 (PERTZ, II, 760).

(1) EINHARDI, *Annal. ad a. 793*.
(2) *Real Enciclop. de Arqueolog.*, t. V, p. 1944.
(3) GUÉRARD, *El Político del abate Irminon*, t. I, p. 810.

rey apela al honor para lavar el reino de semejante vergüenza (1). La apelacion no fué admitida, y la institucion de los correos cayó con el edificio de la unidad romana, bajo el cual habian tratado de abrigarse los Bárbaros, aún cuando incapaces de sostenerle (2).

Las costumbres eran más fuertes que el legislador. Se aproximaba ya el feudalismo, y dominaba la fuerza. Para ponerse al abrigo de la violencia, los comerciantes se reunian en caravanas y se ponian bajo el amparo de la religion. Los mercados se celebraban á la sombra de las catedrales, donde la santidad del lugar ofrecia un asilo á los extranjeros, aún cuando fueran infieles. En las ferias de Saint-Denis (3) se veian Anglo-Sajones, Lombardos, Griegos y Sarracenos. Pero los santos mismos eran impotentes para proteger á los mercaderes contra las vejaciones que les esperaban en los caminos; y el entretenimiento de éstos, la construccion y la reparacion de puentes y vados corrían á cargo de las localidades y se realizaban, si acaso, por carga concejil. Carlo-Magno hizo inútiles esfuerzos para poner orden y dar actividad á algunos trabajos de ese género. En el siglo X no se podía atravesar el puente de Meaux sino poniendo las adargas en los muchos agujeros que tenia (4). Para cubrir los gastos de conservacion, se exigia de los mercaderes una infinidad de impuestos, derechos de portazgo y de pontazgo, de peaje y de vadeaje (5), impuestos que daban lugar á mil abusos. Carlo-Magno repite en sus capitulares que no se debe exigir retribucion á los viajeros cuando no se les dispensa un servicio; pero todo era en vano. Se ve, por una infinidad de ordenanzas, que las agentes locales hacían pagar derechos de ribera en campo abierto, derechos de portazgo donde no habia puertas, y de pontazgo donde no habia puentes. Se tendian lazos y cuerdas en los caminos y en los montes para detener y exigir rescate á los viajeros, y hasta se detenía á los habitantes que

transportaban sus efectos de un lugar á otro ó que iban á unirse á las milicias (1). Los enviados del emperador tenían orden de reprimir aquellas vejaciones con penas severisimas, á fin de contener por el terror á los culpables y á los que quisieran imitarlos (2); pero todo inútil: en tiempo del mismo Carlo-Magno no tenían fuerza alguna las leyes. El gran rey hizo una tentativa heroica para contener la disolucion de la sociedad, pero sin éxito alguno, porque la disolucion era necesaria, era providencial.

N.º 4.—Relaciones intelectuales.

Los esfuerzos de Carlo-Magno para detener la decadencia de los estudios fueron tambien ineficaces, lo cual no impide que el movimiento intelectual que imprimió á su siglo sea uno de sus más bellos títulos de gloria. Carlo-Magno amaba la ciencia con pasion; la consideraba como el principio de las buenas costumbres. En la capitular sobre el establecimiento de escuelas en los monasterios y palacios episcopales (3), se leen estas bellas palabras: "Preferible es al saber el obrar bien; sin embargo, para obrar bien es necesario saber. Importa mucho que cada uno aprenda las cosas que desea hacer, para que comprenda, cada vez mejor, lo que debe hacer.", Las conquistas que Carlo-Magno hizo en provecho de la ciencia nos reconcilian con el rudo guerrero, puesto que se sirvió de sus inmensas relaciones para estrechar por la Europa entera vínculos que la violencia no mancellará y que sólo la guerra hizo posibles.

Las grandes conquistas dilataron el horizonte de las inteligencias. Hemos dicho en otra parte que el cosmopolitismo estoico se desarrolló bajo la influencia de la dominacion romana. Carlo-Magno vivía en medio de una civilizacion estrecha; pero el conquistador ensanchó el punto de vista del Bárbaro. "Amaba á los extranjeros, dice Eginhardo, y les acogía con exquisitos cuidados; de ahí el que concurrían á su lado en tan gran número, que, con razon, se les miraba como una carga harto dispendiosa. En cuanto al rey, la elevacion de su alma le hacia considerar ligero aquel peso, encontrando una compensacion en los elogios prodigados á su

(1) Capit. Aquisgr., a. 825, c. 16, 19 (PERTZ, Leg. I, 245).

(2) Una de las capitulares de 85) habla de los *paraveredas* como de una institucion caída en desuso (PERTZ, Leg. I, 405).

(3) Las ferias de Saint-Denis eran ya célebres en tiempo de los Merovingios; en un diploma del año 629 se lee que los mercaderes italianos acudían á las ferias de Paris, donde encontraban comerciantes Sajones, Provenzales, Españoles y de diferentes naciones de ultramar. La feria duraba cuatro semanas (BOUQUET, Coleccion de Crónicas, t. IV, p. 627).

(4) RICHER, Hist., IV, 50 (PERTZ, t. III, p. 613).

(5) DUCANGE, palabras *Portaticum, Pontaticum, Portulaticum, Cespitaticum, Rotaticum*.

(1) Capitular. II, a. 805, c. 13.—Id., a. 819, c. 4.—d., a. 820, capitulo I.

(2) Capitular., a. 823, c. 19.

(3) BALUZE, Capit., I, 201.

magnificencia y en el esplendor que ésta reflejaba sobre su nombre,, (1). Un rasgo contado por el *Monje de Saint-Gall* pinta admirablemente la aficion de Carlo-Magno á los extranjeros hombres de letras. Con unos comerciantes bretones desembarcaron en las costas de la Galia dos Escotos de Hibernia, hombres de una ciencia incomparable, los cuales no presentaban ninguna mercancía, pero anunciaban todos los dias en medio de la multitud de compradores: "Si alguno quiere la sabiduría, que venga aquí, nosotros la vendemos.", Tanto y por tanto tiempo gritaron, que, admiradas las gentes, hicieron que la cosa llegase á los oídos del rey, el cual los hizo llamar á toda prisa y les preguntó si era verdad que eran dueños de la sabiduría, á lo cual contestaron: "La poseemos en nombre del Señor, y la damos á los que la buscan dignamente.", Y como el rey les dijera qué querían en cambio, le respondieron: "Un lugar cómodo, criaturas inteligentes y aquello de que no se puede prescindir para pasar la peregrinacion en la tierra, alimento y vestido.", El rey, lleno de alegría, confió á uno de ellos las escuelas de las Galias, y dió al otro el monasterio de San Agustín, cerca de Pavia (2).

La predileccion de Carlo-Magno por los extranjeros, que Eginhardo encuentra excesiva, era una necesidad en el estado en que se hallaba el imperio de los Francos por el siglo VIII. Y no es que nosotros atribuyamos la ruina de las ciencias á los Bárbaros, dado que, antes de que éstos hubiesen puesto el pié en terreno del imperio, se les veía declinar rápidamente. Pero la barbarie germánica se juntó á la decrepitud romana, y las largas guerras civiles que afligieron á la Galia bajo los Merovingios extinguieron lo poco que quedaba de cultura intelectual. Para devolver la vida á la ciencia por medio de la enseñanza, fué necesario recurrir al extranjero. La Italia y la Inglaterra eran en esa época los dos únicos focos de donde irradiaba la luz sobre el resto de Europa: "Carlo-Magno, dice el *Monje de Angulema*, reunió en Roma maestros del arte de la gramática y del cálculo, y les llevó á Francia mandándoles que propagasen allí la aficion á las letras; porque antes del señor Car-

los, no habia en Francia ningun estudio de artes liberales,, (1). Llevó consigo á Pedro de Pisa, que habia sido profesor de Pavia, y á Pablo Warnefride. El primero tuvo la direccion de la escuela del palacio, á la cual pertenecian el emperador, los príncipes de su familia y los más distinguidos personajes de su corte. Pablo Warnefride, de origen lombardo, habia escrito la historia de su nacion; y despues de la ruina de la dominacion lombarda, Carlo-Magno le concedió un asilo en el monasterio del Monte-Casino. Permaneció fiel á sus antiguos reyes, y se le acusó de haber tomado parte en una sublevacion contra los Francos; y como en aquellos rudos tiempos la muerte ó la mutilacion eran la inevitable consecuencia de una acusacion semejante, se aconsejó á Carlo-Magno que quitara la vida al rebelde y mandara cortarle las manos: "¿Y dónde hallarémos entónces, respondió el rey, otras manos tan hábiles para escribir la historia?," (2).

En el siglo VIII era la Inglaterra el foco de un movimiento intelectual más poderoso quizá que el de la Italia. Misioneros salidos de Roma habian difundido en la isla la fe cristiana, y con la fe la civilizacion latina. Las crónicas dicen que un monje italiano hizo correr por la tierra inculta de su patria adoptiva el rio de la ciencia. Teodoro enseñó las letras griegas y romanas, la doctrina de la Iglesia y las artes profanas. "Desde la invasion de la Bretaña, dice Beda, jamas habian visto los Anglo-Sajones tiempos más dichosos, porque tenían reyes cristianos, terror de los Bárbaros, y cualquiera que queria estudiar las ciencias sagradas, en seguida encontraba maestros,, (3). El fervor religioso, unido al celo de la ciencia, imprimieron á las inteligencias una actividad admirable: de los monasterios de la Bretaña salieron los apóstoles de la Germania y los regeneradores literarios de la Galia (4). Alcuino, "hombre de una ciencia universal,, (5), habria reanimado la vida intelectual de la Europa, si esto hubiera sido posible; pero su influencia, aunque más modesta, no fué ménos

(1) MONACH. ENGOLISMENSIS, *Vita Car. Magni ad a. 787* (PERTZ, I, 171).

(2) *Chronicon Scleritum*, c. 9 (PERTZ, III, 476).

(3) BEDA, *Hist. Eccl.*, IV, 1, 2.

(4) El monje *Erico de Auxerre* dice que la Hibernia entera, arrostrando la distancia y los mares, emigró, buscando las costas de la Galia, adonde llevó consigo un ejército de filósofos. (*Dedicatoria del poema de Erico á la vida de San German. Acta Sanctorum*, 21 Julio).

(5) EINHARDI, *Vita Car.*, c. 25.

(1) EINHARDI, *Vita Car.*, c. 21.

(2) MONACH. SANGALLI, I, 1, 2 (PERTZ, II, 731). Traducción de MICHELET.